



VOL: AÑO 10, NUMERO 28

FECHA: MAYO-AGOSTO 1995

TEMA: ACTORES, CLASES Y MOVIMIENTOS SOCIALES II

TÍTULO: **Individuos, información y racionalidad imperfecta**

AUTOR: *J. Francisco Alvarez* [*]

SECCION: Artículos

RESUMEN:

En el terreno de las imitaciones del formalismo de la elección racional hay mucho que decir, que corregir y que criticar. Las limitaciones de los modelos de individuo con los que se trabaja en ciencias sociales requieren ampliar nuestra noción de racionalidad instrumental. Se propone una racionalidad imperfecta que, dependiendo de diversas fuentes de información, incorpore las ideas de racionalidad procesual y de racionalidad expresiva. Un tratamiento dinámico de la génesis de la información y de los filtros informativos descubre paralelismos entre problemas epistemológicos, como el de la inducción y la explicación y la formulación metodológica de aquellos modelos más complejos de individuo.

ABSTRACT:

Individuals, Information and Imperfect Rationality

Within the field of the limitations to formality of rational choice, there is a lot to say to mend and to criticize. Those limitations regarding the models of individuals, the ones used in social sciences, require a widening of our knowledge of instrumental rationality. An imperfect rationality is proposed here, which depending upon different sources of information, incorporate the ideas of procedural and expressive rationality. A dynamic treatment of the genesis of information and of the informative filters, discovers the parallelisms between epistemological problems as the one of induction, and the methodological formulation of the most complex models of individuals.

TEXTO

Un ejemplar reciente de la Revista del Instituto de Metodología de la Ciencia y la Tecnología de Turín, Italia, traducido de inmediato en *International Studies in the Philosophy of Science*, vol. 7, núm. 1, 1993, comienza diciendo que pocas palabras atraen más el interés de los filósofos y de los científicos sociales que la palabra "racionalidad".

Raymond Boudon, quien es responsable del artículo central que se somete allí a discusión (Boudon, 1993) titulado "Hacia una teoría sintética de la racionalidad", señala que posiblemente haya dos tipos de razones por las cuales se continúan produciendo un gran número de artículos sobre el tema de la racionalidad por parte de sociólogos, filósofos y economistas. Por un lado, tratar de definir la racionalidad y construir una teoría de la racionalidad es el tópico más decisivo de las ciencias sociales y humanas hoy, pues es bastante obvio que todas las ciencias sociales y psicológicas tienen un objetivo

principal: explicar la conducta, que con mucha frecuencia significa encontrar las razones que están detrás de ella. Pero es importante atender a la segunda consideración señalada por Boudon.

Puede que los escritos sobre racionalidad proliferen porque las dos principales corrientes que hoy abordan el tema de la racionalidad resultan claramente insatisfactorias. Ninguna parece poder generalizarse, porque aparecen tipos de conducta fácilmente identificables que no son explicables mediante ninguno de esos dos modelos. Por supuesto que se refiere Boudon al modelo del homo sociologicus y al del homo oeconomicus.

La explicación de la conducta atendiendo básicamente a la presencia internalizada de normas y valores constituye el núcleo tradicional del modelo sociológico; para ofrecer una explicación causal, trata de localizar las causas y no las razones de la conducta. El modelo sociológico busca causas y resulta más bien arracional. Se puede aceptar sin mucho problema que resulta ser un ingrediente necesario en la explicación de ciertas conductas, pero también parece fácil sostener que este modelo es siempre insuficiente como explicación de la conducta.

El segundo modelo, que solemos identificar principalmente con el utilizado en la ciencia económica, considera siempre a la conducta como intencional y pretende que las acciones y decisiones deben explicarse siempre por el deseo de maximizar (bajo ciertas constricciones) la diferencia entre costes y beneficios. También es conocido extensamente el ámbito limitado de conductas que se explican por este modelo (Alvarez, 1992).

Cuando hablamos de elección racional, nos estamos refiriendo a ese tipo de propuesta fundamentalmente aplicada por los economistas. Resultaría sumamente interesante estudiar las condiciones históricas de posibilidad de esta perspectiva, muy relacionada con el desarrollo del utilitarismo, de la economía política y de ciertas tendencias ilustradas, con su énfasis en el individuo y la tradición democrática. Los temas centrales de la elección racional están plenamente incorporados en los componentes políticos, éticos y epistémicos de las principales tradiciones de la filosofía occidental, como ha señalado extensamente Neil Smelser (1992). Pero en los últimos 30 o 40 años una serie de desarrollos han motivado que algunos afirmen que la teoría de la elección racional es uno de las grandes contribuciones al pensamiento en el siglo XX. Tanto es así que en la introducción que hacía James Coleman en 1989 al primer número de la revista *Rationality and Society*, decía:

Hay un paradigma en la ciencia social que ofrece la expectativa de producir una mayor unidad teórica entre las disciplinas que la que ha existido hasta ahora. Este es el paradigma de la acción racional. Es un paradigma sobre el que descansa la teoría económica. Constituye la base para el dominio expansivo de la elección pública dentro de la ciencia política. Es el paradigma del campo naciente del Derecho y la Economía (Análisis económico del Derecho). La racionalidad considerada como una línea básica desde la que se estudian las desviaciones, domina el campo de la ciencia cognitiva. La teoría del intercambio social es una de las manifestaciones de este paradigma en Sociología...

Sin embargo, todo ello ha producido también un fuerte debate sobre la naturaleza, el valor, el significado, el campo de aplicación y las limitaciones de los modelos de elección racional aplicados en las ciencias sociales. El propio Smelser considera que estos debates prometen ocupar una posición central durante los años noventa.

Yo mismo he dedicado buena parte de mi actividad filosófica en los últimos años a la discusión del paradigma de la elección racional, desde una posición relativamente

simpatizante pero desde una constante crítica al simplismo y al "afán imperialista" de esa metodología. Me parece hoy en día más interesante hablar más de los límites internos de la teoría que de sus éxitos. Si bien puede uno criticar los afanes generalizadores, sin embargo podemos decir que la teoría de la elección racional y particularmente la rama correspondiente a la interacción intencional producida entre agentes intencionales, es decir lo que se conoce con el nombre de teoría de juegos de estrategia, permite desarrollar ciertos análisis que están más cerca de lo que entendemos como un formalismo lógico que como una teoría sustantiva. Esto es tanto como decir que muchas de las críticas sobre el uso de la teoría de juegos suelen errar porque realizan una crítica ideológica de una herramienta formal.

Sin embargo, en el terreno de las limitaciones del formalismo hay mucho qué decir, qué corregir y qué criticar. Es conveniente recordar algunas nociones de racionalidad individual con las que trabajamos en ciencias sociales. El modelo de acción que con frecuencia se denomina modelo de elección racional, identifica al individuo con un conjunto de objetivos y trata a la acción como racional porque es la que mejor satisface esos objetivos. Sin duda, no es el único sentido de acción racional individual. Por ejemplo, según S. Hargreaves hay otros sentidos que complican la relación entre acción y objetivos. Así, la acción puede estar atenta a la conformación de los fines perseguidos o a decidir sobre ellos, o a analizarlos, además de preocuparse por elegir los medios más eficientes para lograr algún conjunto dado de fines. La imagen de individuo que aparece en estas otras versiones es más abierta que la instrumental. Las personas aparecen como menos seguras de sus objetivos y del entorno sobre el que operan, y como menos autónomas, pero más activas y más escrutinadoras que los individuos que están completamente descritos por un conjunto de objetivos bien definidos. Por supuesto que estas otras versiones han sido bastante más difíciles de tratar desde el punto de vista matemático y formal que la teoría de la elección racional.

Sin embargo en la propuesta de Hargreaves se puede pensar en otros dos tipos de acción racional: la llamada procedimental (o que actúa según el papel o vinculada a normas o reglas) y la expresiva (existencial o autónoma). Lo que me interesa señalar es que desde lugares muy diferentes, de tradiciones muy diferentes, hoy se está produciendo un debate que trata de incorporar estas nociones, heredando cierto tratamiento conceptual riguroso. La racionalidad procedimental distancia la acción de los objetivos al permitir que las acciones sean guiadas por reglas de procedimiento. Por ejemplo, para evitar los costos de la recolección de información es muy frecuente el uso de reglas de procedimiento, en lugar de proseguir en la búsqueda de la información que nos conduzca al curso óptimo de acción. Así interpretada (H. Simon), hay quienes la han pensado como cierta variante o sustituto de la racionalidad instrumental, porque de lo que se trata es de satisfacer algún objetivo de acuerdo con los costes del acopio recogida de información, en lugar de tratar de seguir buscando el camino óptimo. Pero quizá cuando se trata de reglas compartidas estamos en una vía bastante alejada de la racionalidad instrumental, v.g., como ocurre con las normas que pueden producir razones para la acción por ellas mismas. Así se pueden entender algunas de las explicaciones que encontramos en sociología o en ciencia política.

Otra variante de la acción racional es la que podríamos llamar racionalidad expresiva. En este caso se complica también la relación entre acción y objetivos, pero ahora porque consideramos a las personas autorreflexivas. Los individuos son capaces de deliberar y de elegir los fines que desean perseguir; este concepto aparece como un ingrediente importante de las discusiones en teoría política y, sin duda, en ciertos ámbitos de las ciencias sociales evaluativas, como es el caso de la economía del bienestar.

Hay muchos intentos recientes que tratan de completar, por así decirlo, o de ampliar la noción de racionalidad instrumental. Un tipo de crítica de la noción de racionalidad instrumental que se dirige a su pretensión de constituir o de cubrir el completo campo de la racionalidad. Desde luego, algo es instrumentalmente racional con respecto a objetivos, deseos, fines, y utilidades dadas, cuando es causalmente efectivo para conseguirlos o satisfacerlos. Pero esa noción no nos ofrece ninguna manera de evaluar la racionalidad de esos objetivos, de esos fines, excepto por considerarles instrumentalmente eficaces para otros fines. Recientemente, R. Nozick (1993) ha tratado de dar algunos pasos hacia una racionalidad sustantiva de los deseos y los objetivos, no tanto ofreciendo una teoría particular, es decir las condiciones particulares que tendrían que darse para ello, sino más bien mostrando que hay un espacio para cierto tipo de condiciones y ciertas líneas de movimiento para ir un poco más allá de Hume. Obviamente, la cuestión que aparece en todas las expansiones que se han propuesto es que la noción de racionalidad instrumental es muy potente y muy natural. La mayoría de las pretendidas propuestas de ampliar la idea de racionalidad mantienen la racionalidad instrumental como parte de ellas. Al decir de Nozick, con una adecuada imagen, la racionalidad instrumental está en la intersección de todas las teorías de la racionalidad (y quizá no es sino eso). En cierto sentido, la racionalidad instrumental es como la racionalidad por defecto, aquélla que todos dan por garantizada. En este aspecto ocurre que esta teoría parece no necesitar justificación; es como el punto de partida. Cualquier otra teoría precisa justificar que el asunto del que trata es efectivamente racionalidad. Sin embargo, hay que señalar que si otros modos de racionalidad no pueden justificarse a sí mismos sin circularidad, lo mismo cabe decir de la racionalidad instrumental (Nozick, 1993: 134).

A veces me ha parecido interesante jugar con otros términos, como el de acción inteligente, en lugar de racional (Alvarez, 1992), y también me ha parecido conveniente hablar de una cierta imperfecta racionalidad como base mínima, común para la comprensión de la acción. En parte, son algunas propuestas que vinculadas a la noción de información y a los procesos argumentales, adquieren importancia en este intento de exceder a la racionalidad de la elección racional. Un autor cuya reflexión creo importante para esta orientación, es A. K. Sen. Quizá no sea casual que en los últimos años haya desarrollado un seminario con Nozick y que fruto de esa actividad sea parte del libro ya referido de Nozick. Pero hace ya muchos años, en su artículo "Los imbéciles racionales", decía: Sen (1976) que

...el hombre puramente económico es casi un retrasado mental desde el punto de vista social. La teoría económica se ha ocupado mucho de este imbécil racional aposentado en la comodidad de su ordenamiento único de preferencias para todos los propósitos" (A. Sen: "Rational Fools, 1976).

Ciertos partidarios optimistas de la racionalidad instrumental, cuando no resultan simplemente ingenuos, sostienen que nuestra situación social queda bien caracterizada mediante la noción de racionalidad incompleta. Suponen que la acción racional resultante de elegir la vía de acción que optimice la obtención de nuestros fines o aspiraciones a partir de los medios disponibles, es decir, la racionalidad instrumental o racionalidad estratégica medios-fines, no está suficientemente generalizada (la racionalidad es incompleta) y, para corregir la mayor parte de nuestros males, deberíamos tratar de ampliar los ámbitos que quedan cubiertos por ese tipo de acción cuyo modelo básico resulta extraído de su uso en la ciencia económica. Por ejemplo, si se corren determinados peligros por la ausencia de atención a ciertos bienes públicos, como ocurre con la variedad genética, lo que se requiere es privatizar la propiedad de esos bienes para que opere la lógica del beneficio y sea posible la aplicación de la racionalidad instrumental en ese ámbito: será, por tanto, conveniente privatizar los animales en peligro de extinción, así como establecer patentes sobre el genoma, al mismo tiempo que pasar a manos

privadas las aguas y los bosques para que todos esos ámbitos vean reinar la racionalidad instrumental que actúa en el mercado y que se manifiesta en la eficacia de la acción individual. [1]

Se nos propone generalizar ese tipo de racionalidad instrumental a todos los ámbitos de nuestra acción, entre otras cosas porque la racionalidad es una y esa "técnica" de optimización entre medios y fines es la única existente y eficaz. Un caso característico de tal ingenuidad tecnológica lo conforman quienes suponen que toda dificultad surgida por la aplicación de una tecnología se resolverá encontrando otra tecnología mejor, que además se adaptará al mismo modelo general de acción instrumental.

Por el contrario considero más adecuado y, en todo caso, preferible, caracterizar nuestra situación a partir de una noción proteica, más amplia e imperfecta de racionalidad. Aunque en algunos casos pueda resultar interesante ampliar el ámbito de aplicación de la racionalidad estratégica, ocurre que esta racionalidad medios-fines no logra dar razón plena de muchas de nuestras acciones intencionales a las que, sin embargo, parece adecuado caracterizar como racionales. [2]

No es difícil mostrar la debilidad argumental que surge al entender exclusivamente por acción racional la elección de un curso óptimo de acción, considerando como datos un conjunto de creencias, un marco de evidencia y, supuestamente fijos y estables, unos deseos o aspiraciones que tratamos de satisfacer. Para mostrar cuando menos su inadecuación empírica basta analizar la conformación adaptativa de las preferencias, proceso que ha sido llamado mecanismo de las "Uvas verdes", [3] y que se corresponde en el plano de las preferencias con lo que en el terreno de las creencias puede llamarse pensamiento desiderativo, o pretensión de que la realidad se conforma según nuestros deseos. En suma, no son pocas las situaciones conectadas con los procedimientos de reducción de la disonancia cognitiva, estudiados por la psicología contemporánea, que señalan reservas importantes a la noción simple de racionalidad instrumental.

Desde la perspectiva de aquel modelo, pretendidamente extraído de la ciencia económica, se sostiene que nuestra práctica racional deberá aplicar ese mismo estilo electivo optimizador a ámbitos cada vez más amplios, puesto que el remedio de todos nuestros males está en esa ampliación sistemática. La misma idea de racionalidad incompleta tiene así una importante componente que cabe calificar de rígida hiperracionalidad, debido a que da por sentado, entre otras muchas cosas que no cuestiona, la existencia y la unicidad de esos cursos óptimos de acción, cuestión que está lejos de ser el caso. [4]

Creo detectar una conexión estrecha entre algunos problemas surgidos en el análisis de lo social y ciertos problemas generales epistemológicos. Por esta razón parece oportuna una reflexión sobre la necesaria ampliación del modelo de individuo con el que trabajan las ciencias sociales. Cierta uso del concepto de información, junto con la idea de filtros informativos y, sobre todo, el destacar los aspectos dinámicos de la interacción social, nos van a permitir proponer un instrumental analítico que ayudaría a conformar ese modelo más complejo de individuo. A partir de ahí se puede observar cierta analogía entre algunos problemas epistemológicos y determinadas cuestiones del método en ciencia social.

Los teóricos de la elección racional exageran, a veces hasta rozar el absurdo, cuando nos presentan una imagen del homo oeconomicus entendido como un mecanismo de optimización que se encuentra calculando incluso en las actividades más íntimas y pasionales como pueden ser el matrimonio, el suicidio, la administración de drogas o el ir a la Iglesia. Esta crítica ha sido recientemente señalada por Jon Elster y en tal sentido,

vale la pena hacernos eco de su comentario sobre la obra del Nobel en Economía de 1992, Gary Becker, a quien, obviamente, considera como el exponente máximo de ese tipo de tratamiento. Elster opina que el papel de Becker y su escuela en las ciencias sociales se resume perfectamente en uno de los Proverbios del Infierno de William Blake: "Nunca sabes lo que es suficiente a menos que sepas lo que es más que suficiente" (Elster, 1993: 139).

Ciertos autores toman otra dirección pero van también demasiado lejos al negar la capacidad de deliberación, de anticipación y decisión del agente social (v. gr., el caso de A. Tocqueville, según el análisis que hace Elster en el texto ya citado). Sin embargo, uno de los caminos por donde transita parte de lo específico de las ciencias sociales consiste en el intento de la articulación en un mismo modelo humano de esos dos aspectos. El primer componente del modelo consiste en considerar a un individuo racional capaz de reflexionar y de elegir y, por otra parte, el segundo componente observa al individuo como soporte pasivo de tendencias causales, que pueden operar a su espalda, sean estas tendencias producidas desde su interior, o bien se trate de procesos de conformación externa del conjunto de oportunidad que, por ello mismo, actúan sobre las creencias del individuo.

Ahora bien, esa doble articulación que hemos visto defender de manera parecida en Boudon y en Elster, puede aparecer con mayor plausibilidad si nos proponemos configurar un modelo de individuo que no sea un individuo plano, simple, con una estructura lineal de preferencias totalmente ordenada que esté orientada a satisfacer su función de utilidad conectada con su interés propio.

Por el contrario, pretendemos modelar un individuo que pueda ser consciente de otros procesos que actúan o influyen en su decisión, incluso que pueda llegar a comprender resultados que se dan causalmente y por encima de su intencionalidad (efectos de composición, resultados laterales no intencionales, "efectos perversos" -Raymond Boudon- que pueden actuar a "sus espaldas"), y que además pueda dar cuenta de procesos que se dan al interior de los individuos mismos en un ámbito que podríamos llamar de causalidad subintencional. Este individuo va a necesitar un mayor caudal informativo y debemos incorporar en su modelo la posibilidad de adoptar procedimientos que permitan la resolución de su curso de acción en casos que exceden a la teoría de la elección racional. Principalmente, será conveniente fijarse en aquellos casos en los que parece que la acción no se puede comprender como resultado existente y único derivado de la optimización de la relación entre creencias y aspiraciones, de acuerdo con la evidencia disponible. A este individuo que trata de modelar esos componentes es al que me gusta llamar inteligente, o individuo con racionalidad imperfecta.

No es infrecuente en la literatura filosófica, y casi un lugar común en la sociológica, la consideración de procedimientos fijos y "rígidos" que aparecen como fruto de las relaciones sociales, ya sea en forma de normas sociales, en forma de reglas procedimentales, o como hábitos cuya "racionalidad" debe entenderse como cierta expansión de la racionalidad instrumental, que solamente analiza los medios más adecuados para la prosecución del fin deseado. Proponemos que además de esos componentes de la interacción, o del contexto de interacción, sería bueno extraer las consecuencias de entender al individuo mismo como una construcción social, como resultado de un compromiso social (Sen, 1987) que produce agentes caracterizados por una particular expresión de sí mismos, por su autonomía y por su capacidad de ser sujetos agentes de una conducta reflexiva. A esos individuos les importa expresar en la acción una personal aceptación del acuerdo consigo mismos. Este último ámbito de la acción, que llamaremos de racionalidad expresiva, constituye otro paso más en la dirección de conformar aquel individuo complejo que, como propuesta metodológica,

tenemos que suponer para el análisis de la acción social. Esta trama es la mínima indispensable para reformular hoy la tradicional noción de individualismo metodológico, noción que a pesar de todos los avatares, me parece aún fructífera para el análisis social.

Para caracterizar nuestra propuesta sobre la racionalidad, y para analizar los problemas que aparecen en la toma de decisión y en la elección social, resulta muy conveniente que atendamos al análisis de los componentes informativos de este proceso. La importancia de tales componentes es decisiva, y trataré de ejemplificarla principalmente mediante alguna interacción de las que se dejan modelar, al menos inicialmente, según el esquema del dilema del prisionero -procedente de la teoría de juegos de estrategia-.

En ese tipo de situaciones modeladas según el dilema del prisionero, lo normal es insistir en el estudio de la aparición del resultado colectivamente irracional, fruto de una conjunción de acciones individualmente racionales, como es también lo normal en situaciones de provisión de bienes públicos debido a la aparición del "gorrón" (free-rider) que se aprovecha de la acción colectiva, pero no contribuye a su realización o, como es también conocido, en situaciones como las paradojas del votante o de Condorcet (el coste individual en bienestar es muy superior a la incidencia del voto individual; parecería que lo normal sería abstenerse). Por el contrario, lo que nos va a interesar estudiar a nosotros es cómo ocurre que, sin embargo, se puede tomar "racionalmente" una decisión que logre superar el subóptimo colectivo al que parece conducir la actuación plenamente racional de los participantes en esa interacción estratégica.

En diversos lugares, en particular en "Honour among Thieves" (Honor entre ladrones), Martin Hollis ha estudiado y criticado diversas soluciones que se han propuesto para explicar las formas mediante las cuales se produce una solución diferente a la prevista por la "modelización" del dilema del prisionero. La situación de modelización supone un tipo de interrelación en la que hay una estrategia dominante, resultado de considerar a los individuos dispuestos a ejercer su racionalidad instrumental, con la que atienden principalmente a la obtención de su máximo de utilidad, llegando a consecuencias que son peores para cada uno. La mayoría de las soluciones propuestas creo que fallan por no atender suficientemente a los componentes informativos, ya sea por opacidad del proceso de interrelación, ya sea por simplicidad del modelo de los individuos.

Se trata de comunicarse, de conseguir que los individuos produzcan información y que nuestro modelo la incorpore. Hace falta que comprendamos también que es posible la aparición de algún filtro informativo que permita el paso de información externa relevante para ese proceso o dé porciones determinadas a la información que se genera en el mismo proceso. Este elemento informativo me parece central para dar cuenta de cómo, con nuestra imperfecta racionalidad, producimos un tipo de acción colectiva, aunque no sepamos si se corresponde con un óptimo social. Sin embargo, a partir de su presencia, podemos suministrar algunos mecanismos que traten de explicar aspectos de la acción colectiva y de la provisión de los bienes públicos.

En alguna ocasión A. Hirschman ha recordado que la teoría económica estándar ha presupuesto a unos individuos deseantes, aislados y no comunicados entre sí, que resultan claramente insuficientes para analizar la acción. Los imbéciles racionales descritos por A. Sen, a los que ya hemos aludido, nos parece que son particularmente tontos porque no consiguen incorporar en su acción los elementos informativos que surgen en la propia interacción; esto es tanto como decir que no conseguimos dar cuenta ni de la endogeneidad de las preferencias, ni del componente que refleja el carácter histórico social de esas preferencias, y mucho menos de estructuras de preferencias que superen un primer nivel de ordenación lineal consistente (las teorías neurales de Edelman podrían indicar aspectos significativos para avanzar en este planteamiento, porque los

modelos correspondientes a este sujeto de la racionalidad instrumental, ya no requieren siquiera ser modelados por la psicología behaviorista, sino por algunos modelos simples de autómatas en entornos finitos).

En diversas situaciones de interacción intencional entre agentes intencionales, que son precisamente el ámbito específico de la teoría de la elección racional que se pretende cubrir desde la teoría de los juegos de estrategia, nos encontramos con que la interacción, o el juego, tienen múltiples equilibrios que podrían ser aceptados como posibles soluciones; es decir que hay casos en los que la solución es múltiple y no existe unicidad. A veces, ante los múltiples equilibrios, las soluciones que se proponen desde el análisis formal de los juegos se construyen mediante una combinación lineal de los diversos puntos de equilibrio. Pero en este caso, si los individuos que interactúan alcanzan la solución, habría que suponerles algún mecanismo biológico oculto que conduzca a ese punto de convergencia o dotarles de alguna extraña capacidad matemática para precisar la combinación lineal productora del óptimo.

En cierta medida nos encontraríamos ante una situación similar a la del biólogo que estudia la arquitectónica de los panales de abeja, que efectivamente corresponden a la mejor distribución óptima de un máximo de volumen con un mínimo de superficie: o bien aceptamos un gen de la sociabilidad que nos orienta a la solución cooperativa correcta, pero que no daría cuenta de la diversidad de soluciones históricas para el problema de la cooperación, o por el contrario, nos planteamos en serio el tema de los procedimientos, los procesos, adoptando una posición superadora de la distinción acción-estructura, considerando que la estructura no sólo limita y constriñe la acción, sino que permite la acción. Por tanto, la estructura no es ajena a los individuos, sino que se revela en las acciones de los individuos. Los individuos siguen procedimientos no instrumentales y esa es la forma en la que la estructura viene implicada en la acción.

Por este camino nos acercamos a algunas de las correcciones actuales al pensamiento económico, por ejemplo, a la propuesta por Shaun Hargreaves Heap vinculada a la teoría de la estructuración de A. Giddens que, como se sabe, trata de disolver el dualismo acción-estructura. Esta línea es cercana también a lo que un economista como F. Hahn (1987) ha planteado en "Information, Dynamics and Equilibrium" sobre el indispensable componente histórico del propio análisis económico.

Al analizar las diversas salidas que se proponen para comprender las interacciones del tipo de las cubiertas por el dilema del prisionero, que obviamente están relacionadas con ciertas cuestiones de la lógica de la acción colectiva (M. Olson) y muy vinculadas, en particular, al análisis de los temas de la conducta del votante, aparecen dos grupos de propuestas de solución: unas internas a la propia teoría de juegos y otras que tienen que ver con la misma ampliación de la noción de racionalidad instrumental. Las soluciones internas que se han propuesto resultan muy simples y, por así decirlo, ahistóricas y asociales.

Una primera salida propone cambios en las estructuras de las preferencias, convirtiendo el juego del dilema en un juego de seguridad en el cual nuestro primer objetivo es la cooperación mutua; para conseguirlo, hay que proponer algún agente externo que nos fuerce a mantener esa estructura de preferencias, por ejemplo, mediante un poderoso castigo para el que no colabora. [5] Otra salida interna es la que propone un juego iterado del prisionero, es decir se repite el juego una y otra vez, y con ello parece que la solución óptima podría darse mediante un primer paso consistente en una actitud cooperativa, para posteriormente responder siempre de igual manera a como lo haga el oponente, es decir golpe por golpe, tit-for-tat, tal como ha propuesto R. Axelrod en La evolución de la cooperación, donde estudia el caso de la guerra de trincheras durante la Primera Guerra

Mundial. En aquella situación se producían efectos de transformación de las preferencias entre grupos fijos de soldados que tenían que permanecer largo tiempo enfrentándose; se generaban formas de cooperación que creaban problemas serios al alto mando de ambos ejércitos, pues durante días y días no se producían ataques, salvo de manera muy esporádica, casi simbólica, y se podía hacer una vida "bastante normal", por ejemplo, no se atacaba durante las horas de comida o en los momentos de aprovisionamiento. [6]

La cuestión está en que no se trata de que existan agentes del enemigo entre las propias filas, sino que la acción cooperativa puede ser el resultado de un proceso no explícito de negociación; debido a un incremento de la información resultado de la interacción, la acción colectiva aparece como génesis interna al proceso de cooperación. Pero aun así la explicación desde el interior de la teoría de juegos es un tanto débil; se destruye la cooperación teniendo en cuenta que en cualquier caso estaremos ante un número finito de interacciones (limitaciones temporales, físicas) y, por tanto, en la última de las interacciones se genera de nuevo la temida forma del dilema del prisionero y, por tanto, mediante un proceso que podemos llamar de inducción hacia el origen o hacia atrás (backward induction), nos encontraríamos con que la primera situación también sigue siendo la del dilema. Si nos planteamos estudiar lo que podríamos llamar el proceso de "equilibración" y no el punto de equilibrio, es decir, si pasásemos de un planteamiento estático de la teoría de juegos (que técnicamente suele aparecer reflejada en las llamadas presentaciones matriciales o canónicas de los juegos) a una consideración dinámica (ésta aparece mejor en las presentaciones de los juegos en forma de diagrama de árbol), podríamos pensar en que el proceso mismo de interacción se da en un marco de interacción (contextualización dinámica) que es generador de información. De esta forma, podríamos pensar en estrategias evolucionarias estables o procesos de tipo similar, que, sin considerar a los individuos dotados de un especial sentido matemático que les permita adelantar la solución, sin embargo, consigan dar cuenta de muchos procesos concretos en los que la acción social se produce y con resultados aparentemente beneficiosos. Así, por tanto, el tema de los juegos en forma extensa, dinámica, no matricial, nos ofrece un campo posible para la reflexión. Precisamente por esta vía me parece vislumbrar una conexión entre la argumentación, la toma de decisión y la retórica, que incluiría explícitamente el uso estratégico de argumentos.

La génesis de la información en el proceso mismo de "equilibración", no refleja sólo la información que presuponemos alcanzar al final con el equilibrio conseguido, sino que implica una introducción o flujo persistente de información procedente de las constricciones que establece la estructura contextual (la situación en la que se da la acción, algo no muy alejado del Popper de las ciencias sociales, en su precisión sobre el individualismo metodológico). Esa información me parece relevante para la discusión sobre la conformación de las creencias, para el ajuste relacional y, en definitiva, para aceptar en serio y extraer las consecuencias de que no somos átomos sociales sino personas, individuos cuya definición puede requerir la referencia esencial a otros, es decir, que requerimos cuando menos de una lógica de relaciones para precisar ese individuo; en definitiva, somos personas y no sólo máscaras de una relación. En este proceso, que ahora podríamos denominar de comunicación, se está conformando un nuevo componente informativo que no se puede plantear como una simple recopilación de información libre de costos, ni que se pueda perseguir indefinidamente, situación que nos llevaría a la paradoja de no tomar la decisión porque siempre parecería relevante esperar nueva información; por tanto, se plantea como una necesidad casi formal la presencia de filtros informativos (utilizando la terminología acuñada por A. Sen para los enunciados sobre cuestiones de justicia).

Los filtros informativos atienden y consideran como relevante cierto tipo de información, pero tan importante como esa información que dejan pasar, es la información cuya

circulación impiden y el tipo de cosas que no incorporan (A. Sen: 1985). Estos filtros informativos me parece que pueden entenderse mejor como membranas semipermeables; a diferencia de nuestra simple idea de criba o filtro, me interesa destacar que la membrana es activa y selectiva, y que introduce una restricción de la variedad -precisamente la definición básica de información-: aun así me parece que necesitamos no sólo esas membranas que dejan pasar unas cosas quedando otras fuera del ámbito de análisis, sino que debemos fijarnos en que no aparecen sólo como dadas al principio en forma de las condiciones materiales de realización del acuerdo, una situación que se podría caracterizar en términos de estructura, sino que en el proceso de avance de la interacción se genera nueva información y cuando ésta se organiza, pueden aparecer nuevos filtros informativos, o selectores de información; es decir, estamos ya muy cerca de la noción de estructuración: aparecen nuevas membranas fruto de la interacción que nos hacen reestructurar nuestro campo de análisis.

La cuestión no radica solamente en la no unicidad de una solución cooperativa, que es a lo que hasta ahora hemos atendido. Ocurre también en muchos casos que estamos ante la inexistencia de un curso óptimo de acción; sin embargo, la misma multiplicidad, siendo algo más débil que la inexistencia, puede señalar la presencia de incertidumbres. Los vínculos existentes entre esa incertidumbre y la libertad para estructurar un espacio de acción mediante lo que llamaremos racionalidad procedimental o procesual, que señala como ciertas normas y reglas, nos ayudan a determinar el curso de acción que elegimos; pueden así verse como un proceso dinámico, como un mecanismo de restricción que, de todas formas, añade "información" a nuestro campo porque esa restricción es justamente restricción de la variedad. La variedad potencial posible, entendida como referente práctico de la interacción, es un concepto que puede tener también muchos rasgos en común con lo que A. Sen ha estudiado como las capacidades potenciales en un análisis global del bienestar.

El tema de la información aparece claramente en el tema de las capacidades potenciales de Sen, porque no se trata de considerar el papel de x en el bienestar del individuo, sino de x extraído del conjunto S . El bienestar está vinculado al par x - S y no sólo a x . Aquí aparece un camino para vincular las necesarias expansiones de la teoría de la elección social a las necesarias ampliaciones de la noción de racionalidad que surgen como ineludibles en el campo de la teoría económica y que, obviamente, son indispensables para la filosofía política. Sen defiende una forma especial de análisis de la igualdad, y para ello propone analizar la situación individual a partir de la libertad para alcanzar algo, una propuesta que incorpora, pero que va más allá de las conquistas efectivas o de logros concretos. En diversos contextos, como en la evaluación del bienestar individual, estas condiciones pueden verse en términos de la capacidad potencial para funcionar de determinada manera, que es una noción que también va más allá, aunque incorpora las formas concretas de actuación que puede lograr una persona. Propongo abordar el proceso de elección racional como producido entre individuos que tienen unas dotaciones de "capacidades potenciales para funcionar", a partir de las cuales se abre la posibilidad de realizar determinados acuerdos durante el proceso de interacción. Aparecen así diversas posibilidades de establecer normas y de conformar de distintas maneras el contexto, a la vez que las normas pueden generarse en ese mismo contexto. Pero además, como los individuos pueden valorar el ser sujeto agente de la selección de entre sus capacidades potenciales, el proceso de interacción va aún más allá de la racionalidad instrumental y de la racionalidad procedimental.

En el proceso de interacción el individuo puede valorar y querer expresar el tipo de opción que definitivamente elige dentro de ese conjunto de capacidades potenciales; lo valora porque "lo hace él mismo"; él es el agente. El individuo no quiere mentirse a sí mismo, ni mucho menos puede hacerlo conscientemente, porque es ésta una actividad

autocontradictoria. Estamos viendo aparecer ya lo que podríamos llamar racionalidad expresiva, que de hecho parece tener aspectos en común con ciertos temas de la racionalidad comunicativa.

En la clasificación de las situaciones particulares, siempre puede quedar una pluralidad residual. No tenemos por qué exigir una ordenación total de las preferencias. A veces se realiza cierta combinación evaluativa para producir una unificación, pero puede permanecer un residuo de pluralidad. De hecho, es un problema central en teoría de la decisión y en la teoría de la elección social, y puede surgir en muchos contextos. Diversas líneas se han propuesto para abordar las exigencias de una decisión razonada a pesar de la ambigüedad residual (conflictos no resueltos). Entre otros autores, Isaac Levi, en *Hard Choices*, ha tratado de analizar este asunto en diversos campos (ética, epistemología). Como dice A. Sen, una línea no muy ambiciosa es la que avanza en *On Economic Inequality*. Se trata de seleccionar una clasificación parcial compartida en la que todos los rasgos deseables se muevan conjuntamente. Una intersección parcial pone a x sobre y si x es mejor que y de acuerdo con todos los rasgos deseables. Las técnicas de intersección y dominación no sólo son consistentes, sino que nos pueden hacer avanzar algo en temas sustantivos. La intersección no anula el estudio de todo rasgo deseable. Pero si un determinado par entra en conflicto, el par debe quedar sin clasificar. Más información puede hacer superar el conflicto anterior. Entonces, el orden parcial puede ser extendido, ordenando pares que no se podían clasificar anteriormente. El orden parcial siempre es tentativo, provisional, abierto a extensión si se encuentran razones para revisar las pluralidades relevantes (eliminando rasgos o combinando determinados aspectos). Es cuestión de admitir, en ciertos casos, una incompletud fundamental o básica. Tratar de "completar" los órdenes parciales puede ser un grave error. Aun cuando sea bastante incompleta el pretender forzar la completud puede ser bastante negativo. El parloteo, dice Sen, no es siempre superior a mantenerse callado en asuntos que son poco claros y difícilmente decidibles.

Para completar nuestra perspectiva sobre las nociones de racionalidad y de información, me gustaría señalar algunas conexiones entre este tipo de planteamientos y otros procedentes de problemas genéricamente epistemológicos. Así, por ejemplo, algunas formas de razonamiento, particularmente las caracterizadas como inductivas, se han relacionado a veces con nociones procedentes de la teoría de juegos. Los primeros intentos (A. Wald) no pasaron de vincular el razonamiento inductivo a la búsqueda de una estrategia maximizadora jugada contra la naturaleza, es decir, el jugador se comporta según su estrategia de seguridad, maximizando la mínima ganancia posible. Las conexiones no fueron más allá de relacionar esa estrategia con las diversas nociones de equilibrio en los juegos de estrategia y, en definitiva, se desarrollaron principalmente por vía de la teoría de la inferencia estadística, y con una perspectiva estática que discutía el equilibrio del juego sin tener en cuenta el proceso de "equilibración" mediante el cual se supone que se llega al equilibrio. Quizás esa orientación estática era la que hacía poco interesante para los problemas epistemológicos el uso de la teoría de juegos, y por ello se produjo cierta reducción de su uso para la reflexión sobre temas epistemológicos.

Sin embargo, ciertos desarrollos recientes en la teoría de juegos, junto a la renovación de la discusión epistemológica que se apoya en la teoría de la decisión, permiten pensar en una reconsideración de temas tradicionalmente epistemológicos desde una perspectiva procedente de la teoría de juegos. En particular, los trabajos que se vienen haciendo sobre la propia fundamentación de la teoría de juegos (Ken Binmore), sobre elección dinámica y sobre deliberación racional, son todos materiales que permiten cierta reconsideración de la noción de argumentación desde la teoría de juegos y, como elemento derivado, ofrecen al menos una nueva forma de hablar, si es que no una nueva perspectiva, sobre temas como el de la inducción, la explicación científica y, por supuesto,

la interacción social. Además, esta reconsideración es la que me parece relevante para abordar el tema de la acción social desde la teoría de los juegos, aplicando algunos desarrollos recientes de la teoría que parecen hacerla menos rígida.

Una adecuada comprensión del proceso de argumentación requiere algo más que observar una conexión entre conjuntos de secuencias de enunciados (E. Bustos). De igual manera, la interacción requiere algo más que individuos con una estructura lineal de preferencias bien definidas y ordenadas. Si no queremos reducir la argumentación a una presentación sintética de lo que ya es nuestro conocimiento, tendremos que fijarnos en que durante el proceso argumentativo se produce un cambio de nuestra situación cognitiva y de nuestros estados de creencias, de manera que los compromisos que establecemos con nuestro conocimiento cambian; concluida la argumentación estamos, sea real o pretendidamente, en un estado cognitivo diferente, y precisamente, en un nuevo estado donde se ha incorporado la conclusión del argumento como parte de nuestro nuevo estado de creencias. Me parece que una paralela corrección sobre la interacción social permitiría precisar los procesos dinámicos de adopción de creencias y de los compromisos que transforman los estados de los individuos que han interactuado.

Un problema inicial para abordar la argumentación con la visión tradicional de la teoría de juegos estribaba, también aquí, en la dificultad de la presentación matricial del juego para entender el juego de la argumentación como un algoritmo en ejecución, sobre todo si se trataba de un algoritmo que pudiera presentar "fallas", que fuese imperfecto. Si los individuos tienen que iniciar el debate desde un conocimiento común compartido por lo que se refiere a su propia racionalidad, y constituida la racionalidad exclusivamente por la consistencia de la elección, la ausencia de análisis sobre la génesis de las propias creencias hacía que, salvo que estuviésemos en un universo completamente cerrado, fuese imposible comprender el acceso al equilibrio. Por tanto, una primera cuestión de método es que tendremos que intentar modelar el juego de la argumentación en forma extensa, no matricial, de manera que se puedan captar mejor los procesos dinámicos de la argumentación. La presentación extensional pretende representar las transformaciones de nuestros estados de conocimiento en las diversas fases de la argumentación, mediante lo que podremos llamar transiciones de estado de conocimiento; como ha señalado B. Skyrms:

Para que la deliberación no sea trivial, debemos mantenernos en una situación de incertidumbre por lo que se refiere al lugar a dónde nos va a conducir la deliberación. Si sabes a dónde vas, ya estás allí. Por tanto para que la deliberación genere información mediante la computación, el resultado de la computación ha de ser inicialmente incierto.

Esta posición no parece que se pueda obtener mediante una presentación matricial del juego en la que parece que los individuos adoptan desde el principio una referencia completa de cómo serán transformados sus estados futuros, puesto que suponen que la transformación de sus creencias seguirá el mismo patrón que adopta en el momento inicial. Precisamente la atención a la conformación de las creencias de las que partimos, la reflexión sobre el software que aplicamos y sus posibles transformaciones a medida que avanza el proceso deliberativo, nos hace decir que cualesquiera que sean los problemas de la inducción científica, seguramente están representados por algo más que por la "trivial manipulación algebraica llamada regla de Bayes" (K. Binmore).

Cuando resulta interesante proseguir una investigación y desarrollar una argumentación, es cuando no conocemos el resultado. Buscamos algo inesperado que suministrará cierto grado de sorpresa; si se tiene de antemano el resultado no parece razonable argumentar. Ni siquiera en la sistematización deductiva está ausente ese grado de sorpresa, de obtención de lo inesperado. Incluso en la demostración más simple se olvida

momentáneamente la verdad de la consecuencia para poder "obtenerla". La argumentación surge en un terreno parecido a aquél en el que, como recuerda I. Levi, Dewey consideraba la necesidad de la teoría moral: es necesaria cuando hay conflicto entre valores; si conocemos el bien no tenemos nada que analizar; sólo nos queda practicarlo. Cuando emerge un conflicto entre valores es cuando se precisa la investigación moral.

TEXTO

El conflicto entre nuestro deber moral y la "tentación" presupone que la investigación moral sobre lo que es el bien está concluida; no albergamos duda sobre lo que debemos hacer. Sin embargo, es entonces cuando aparecen los fenómenos relacionados con la debilidad de la voluntad. No es la debilidad de la voluntad el fundamento de la acción moral; más bien la teoría moral es anterior. Sin duda la incertidumbre de una situación plantea dificultades, porque son casos en los que se generan con facilidad situaciones de diversidad de elección, pero que una teoría como la de la elección racional no nos ofrezca una única salida bien definida, no es problema si se presenta como teoría normativa, porque posiblemente lo interesante es que nos sugiera líneas de admisibilidad de la acción. Precisamente, es en un marco similar al de esos casos de indecisión de la teoría, donde se pueden analizar los conflictos entre las diversas constricciones que sobre las opciones posibles dibujan los diversos compromisos de valor; la imposibilidad del cumplimiento conjunto de todas las ligaduras que establecen los compromisos de valor, sean cognitivos, epistémicos o morales, no señala tanto la inconsistencia de las creencias del individuo, sino el punto desde donde tras la suspensión temporal de aquellos valores en conflicto, comienza el proceso de investigación, y por tanto de argumentación, y probablemente señala el espacio donde puede configurarse la acción social.

Es posible presentar las ideas anteriores a partir de la noción de estados epistémicos (Gärdenfors), pero aquí sólo quiero indicar alguna conexión con los modelos probabilísticos de los estados epistémicos, modelos propuestos en especial para dar razón de la noción de explicación, aunque como dice Gärdenfors, un aspecto a investigar sea el desarrollo de modelos de estados epistémicos más comprensivos y realistas. No sólo se trata de la necesidad de incorporar la variable temporal para introducir una correcta caracterización de la causa, que es una necesidad sugerida por Gärdenfors en su propuesta de dinámica de los estados epistémicos, sino que el problema se encuentra en entender la explicación como un cierto equilibrio en la deliberación racional. El problema se traslada por tanto a cuáles son las condiciones para considerar racional un estado epistémico y con ello, la reconsideración de la elección racional vuelve al centro de la cuestión porque aparece como básico estudiar los mecanismos de elección; no basta con estudiar el principio que rige u orienta la elección (sea el de la máxima utilidad esperada o cualquier otro), sino el proceso mismo de la deliberación, en cuyo proceso se pueden generar tendencias, sendas de la argumentación que se parecen más a las tradicionales propuestas de la retórica que a las de la lógica. Un paso importante para poder incorporar transiciones durante el proceso mismo de deliberación, consiste en entender primero la posibilidad de un tratamiento dinámico de los juegos; ese tratamiento que, por ejemplo, puede verse en B. Skyrms, sugiere que durante el proceso de simulación los individuos que parten de probabilidades iniciales se van transformando siguiendo el procedimiento de utilidad esperada, y según cierto nivel de satisfacción utilizan los datos resultantes como elementos que se reincorporan al modelo, con lo cual cabe la posibilidad teórica (que se satisface en muchos casos) de obtener una senda de equilibrio que muestra cómo se accede al equilibrio partiendo de situaciones de probabilidad de elegir una estrategia muy alejadas del equilibrio. Me parece fundamental la transición hacia la dinámica de la deliberación racional, como procedimiento para completar la dinámica de los estados epistémicos.

En la argumentación parece imprescindible introducir un elemento dinámico, fluido, que no se detecta en la forma estándar de la explicación. A pesar de su trivialidad es preciso atender a dos cuestiones importantes en la argumentación: por un lado, tenemos los puntos de partida y de arribo de la argumentación, pero por otra parte debemos fijar también nuestra atención en el camino mismo. La tendencia dominante ha sido la de considerar el discurrir de la argumentación como un simple mecanismo regulado; sin embargo es muy importante observar la argumentación misma como productora de información para su propio despliegue. La argumentación no es una senda preparada de antemano para que discurramos por ella; no es tanto una trama fija que da estructura a los pasos argumentales, cuanto una auténtica urdimbre que se va configurando en el proceso mismo de la práctica deliberativa. En el contexto de la teoría neobayesiana de la decisión, es bien conocido que previamente a tomar una decisión informada, la utilidad esperada es siempre al menos igual a la de tomar una decisión no informada, y aquella utilidad de la decisión informada es estrictamente mayor a la de tal decisión no informada, si hay alguna probabilidad de que la información pueda afectar a nuestra decisión (reflexión de la década de los años cincuenta a la que había llegado Ramsey treinta años antes; curiosidad histórica documentada recientemente por Skyrms y N.E. Sahlin). Dado este "valor del conocimiento", en ausencia de algún expediente dinámico "realista" que incorpore los costes de la información, tendríamos que suspender la decisión, pues surge una falacia de composición al suponer que podemos justificar una estrategia de retroalimentación informativa. Si siempre tuviésemos información disponible libre de costes y pudiésemos retrasar la decisión, nunca podríamos tomarla, pues estaríamos a la espera de obtener algún nuevo tipo de información. La formulación clásica del diálogo que queda abierto a la discusión y en el que siempre se sigue a la espera de nuevas e inesperadas informaciones, resulta coherente porque no hay limitaciones de tiempo, pero toda pretensión de obtener una solución sería falaz.

Sin embargo, si queremos analizar un tipo de argumentación con la que se pretende hacer plausible cierta opción de conocimiento, debemos reconocer algo cognitivamente inevitable: partimos de la aceptación de cierto estado de conocimiento y de la configuración de un determinado modelo de agente argumentador; a partir de ahí y utilizando procedimientos argumentativos disponibles en la configuración del agente, se van aceptando determinadas conclusiones que se incorporan al conocimiento compartido y que en algún caso, deben pasar por el test del modelo del agente.

Se trata de pensar en situaciones en las que no se puede prescindir, al menos como punto de referencia último, del individuo como soporte de esos procesos cognitivos; si esto suena a relativismo o a lo que se ha llamado el escepticismo irracionalista de Hume cuando trata el tema de la inducción, sólo nos cabe decir que hay que incorporar a todo individuo sea animal, humano o computador, y que en todos los casos, se trata de un inevitable parámetro que sustenta el proceso cognitivo y que es fundamental si queremos pensar en los errores y en lo inesperado. Estamos hablando, pues, de individualismo cognitivo, aunque pueda ser en muchos casos un elemento repetible que corresponda a diversos tipos y que tenga componentes de aprendizaje social.

No buscar la optimización de los procesos, sino analizar su dinámica particular, exige superar una noción formalista de la argumentación e incorporar la consideración pragmática.

Siempre que se habla de explicación o de argumentación, el concepto epistemológico central parece ser el de verdad. Hay conceptos interesantes que pueden ser tratados sin referencia a la noción de verdad o a la de falsedad. Como ha dicho Gärdenfors:

Mi omisión de la verdad puede sentirla como herética el epistemólogo tradicional. Sin embargo, uno de mis objetivos es mostrar que muchos problemas epistemológicos pueden ser abordados sin utilizar las nociones de verdad y falsedad.

No siempre debemos pensar que el individuo toma una decisión de acuerdo con el conocimiento completo y por tanto con una total transparencia. Como en varias ocasiones ha dicho I. Levi, debemos analizar situaciones en las que se produce una decisión sin haber resuelto todos los conflictos entre valores éticos, estéticos, cognitivos. Nos parece que buena parte de los problemas que aparecen en los teoremas de imposibilidad de Arrow estudiados en la teoría de la elección social, pueden ser señalados de otra manera como momentos de la toma de decisión bajo situaciones de conflicto.

Un ejemplo claro de elección con conflicto irresuelto es el de las situaciones de incertidumbre y un hecho elemental de incertidumbre se da en aquellos casos donde con frecuencia decimos que aplicamos el razonamiento inductivo; justamente, es en una toma de decisión en situación de conflicto, donde nuestra escala de valores puede no tener conflicto, pero es la misma imposibilidad de asignación de probabilidad lo que hace ofrecer una salida en términos de la vieja escuela de argumentación retórica; se trata de apostar por determinadas salidas y en algunos casos, pensar en lo más racional es precisamente no caer en la hiperracionalidad, sino suponer simplemente que hay que tomar una decisión.

Pero aquí sólo se trataba de comentar algunas propuestas recientes, algunas salidas al tema de la inducción y, sobre todo, mostrar que hay más conexiones que las aparentes entre el estudio de los modelos de individuos que adoptan las ciencias sociales y los modelos de agente necesarios para una adecuada reflexión sobre los estados cognitivos y la argumentación. Cuando algunos dicen que las ciencias sociales son una forma de narrativa o cierta forma de retórica, me parece que de manera no intencional están apuntando a un problema bastante más profundo del que suponen, situado ya en el terreno mismo de la argumentación. Seguramente la cuestión tiene mucho que ver con lo que podemos estar dispuestos a denominar argumentación racional.

El problema central de la inducción es, para nosotros, cómo al añadir nueva información a nuestro cuerpo de conocimiento nos comprometemos a evaluar nuestras opciones cognitivas (nuestras propuestas hipotéticas) con respecto a dos desiderata (seguimos aquí a I. Levi): a) en qué medida esas opciones fomentan la adquisición de nueva información y b) hasta qué punto evitan el error. En la inducción se incurre en el riesgo de error; en el esfuerzo por expandir el conocimiento, el investigador debe preocuparse por obtener nueva información libre de error, es decir, tendrá que evaluar sus opciones cognitivas de manera tal que representen un acuerdo entre el desideratum de evitar el error y el de obtener nueva información. Se trata de un principio general que impone ligaduras o constricciones sobre la manera en que las opciones deben ser evaluadas en un cierto tipo de situación (Levi, 1992: 31).

Destaquemos que es precisamente en el ámbito de la inducción donde aparece con frecuencia la relevancia de los valores éticos, políticos y personales de los científicos a la hora de realizar su ciencia. Es frecuente suponer que al no tener argumentos concluyentes, la tarea de la ciencia se presenta como una actividad social guiada por valores extracientíficos. Pues bien, opino que es precisamente el reconocimiento de la existencia de valores cognitivos concretos lo que asegura la existencia de auténticos conflictos morales, políticos, cuando se trata de hacer ciencia.

Aunque son muchos los pragmatistas que reconocen diversas formas de pluralismo evaluativo, tienden a considerar ese pluralismo sólo en términos morales, éticos,

económicos, políticos o, en general, prácticos, pero resulta importante reconocer la presencia misma de valores epistémicos. Y como ha dicho Isaac Levi, en la medida en que hay diversidad de valores hay oportunidad para el conflicto entre valores y, aspecto más pertinente, hay ocasión para que la decisión sea hecha en el ámbito de situaciones de conflicto irresuelto. En nuestra opinión, uno de los caminos prometedores que puede conducir a una reconsideración de los problemas epistemológicos de la inducción, pero que a la vez puede servirnos para perfilar un modelo de individuo más adecuado para las ciencias sociales, es el análisis de la decisión racional en situaciones de conflicto irresuelto, o lo que utilizando el título del libro de Levi, se conoce como hard choices.

CITAS:

[*] Profesor-investigador de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid. Una primera versión de este trabajo fue presentada como conferencia en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de México el 28 de Mayo de 1993. Agradezco los comentarios de los asistentes, entre ellos el siempre amable Dr. Fernando Salmerón, y particularmente Mariflor Aguilar, Remo Bodei, Griselda Gutiérrez, María Herrera, Coryna de Iturbe, Carlos Pereda, Nora Robotnikoff y otros colegas. Posteriormente he podido continuar éste y otros trabajos durante mi periodo sabático y con las ayudas facilitadas por mi Universidad, la UNED-Madrid y DGICYT (España) que me financió un semestre en el Darwin College de Cambridge, U.K, interino; también agradezco la generosa ayuda de una cátedra por parte de CONACYT-México- y la División de Humanidades UAM-Iztapalapa, a cuyo frente se encontraba el Dr. Sergio Pérez, quién coordinó mis actividades como profesor de posgrado en México de abril a octubre de 1994. Agradezco a Hugo Contreras su amable insistencia para conseguir ver publicado este artículo.

[1] Algunas de estas propuestas pueden parecer pura invención, pero han sido avanzadas recientemente por diversos partidarios de la libre empresa, por ejemplo, por miembros de la asociación británica Adam Smith, quienes han sugerido también "privatizar" las ballenas.

[2] Esa propuesta de "racionalidad imperfecta" aparece en J. Francisco Alvarez: "Las uvas verdes y la razón instrumental" (1986), recogido en J.A. Gimbernat y J. González (eds.): II Encuentro Hispano-mexicano de Filosofía Moral y Política. Madrid, Instituto de Filosofía, CSIC, 1988, pp. 68-74. En esa ocasión se pretendía intervenir en el debate producido entre J. Mosterín y J. Muguerza en relación a la noción de racionalidad y los problemas de la razón práctica, y se trataban de recoger las consideraciones de J. Elster sobre una noción más general de racionalidad y algunas de sus ideas sobre la autonomía de los individuos.

[3] J. Elster: Sour Grapes, Cambridge, Cambridge University Press, 1983. Hay una versión española con título que no me resulta muy dulce, Uvas Amargas, Barcelona, Península, 1988. Discutir sobre el mismo título español nos llevaría a una amplia casuística entre las diversas versiones de la fábula; nuestro F. M. Samaniego lo resolvió así: "Miró, saltó y anduvo en probaduras; /Pero vio el imposible ya de fijo./ Entonces fue cuando la Zorra dijo:/ No las quiero comer, No están maduras".

[4] Un detallado análisis de la inexistencia y la no unicidad de los cursos óptimos de acción se encuentra en J. Elster, "When Rationality fails", capítulo I de Solomonic Judgements. Studies in the limitations of Rationality, Cambridge, Cambridge U. Press, 1989.

[5] Desgraciadamente hay sin duda ejemplos históricos que demuestran esta salida. Recientemente los casos de expulsión en la comunidad católica de San Juan de

Chamula, Chiapas, México, que aparece como un problema religioso producido por la aparición de grupos de protestantes evangélicos, y los momentos de violencia extrema (incluidos asesinatos en grupo) que se han vivido allí, pueden analizarse como un intento violento de impedir (por parte de los católicos) la aparición de free-riders que usufructúan los bienes públicos, pero no contribuyen a su producción, e impedir la aparición de una interacción en términos del dilema del prisionero, cuyo resultado podría ser la destrucción misma de la comunidad.

[6] Esto puede servir para interpretar el interés de los militares por "rotar" sus efectivos cuando hay una estabilización en los frentes; tratan de eliminar la tensión acumulada y la "solidaridad" generada entre ambos bandos, debido a la forzada "vida en común".

BIBLIOGRAFIA:

Alvarez, J. F. (1992), "¿Es inteligente ser racional?", en Sistema, núm. 109, 1992, pp. 73-91.

Boudon, R.(1993), "Hacia una teoría sintética de la racionalidad", en International Studies in the Philosophy of Science, vol. 7, núm. 1, 1993.

Elster, Jon (1993), Political Psychology. Cambridge University Press, Cambridge.

Hahn, F. (1987), "Information, Dynamics and Equilibrium", en Scottish Journal of Political Economy, 34, 321-34.

Hargreaves Heap, S. (1989), Rationality in Economics. Basil Blackwell, Oxford.

Hirschman, A. O. (1982), Interés privado y acción pública. v. española, E. L. Suárez, México.

Hollis, M. (1989), "Honour among Thieves", en Proceedings of the British Academy, LXXV, 1989, 163-180.

Levi, I. (1992), Hard Choices, S. L.

Nozick, R. (1993), The Nature of Rationality, U. Press, Princeton.

Sen, Amartya (1976), "Rational Fools", recogido en M. Hollis y F. Hahn Economics and Philosophy. University Press, Cambridge.

Sen, Amartya (1985), "Well-being, Agency and Freedom", en The Journal of Philosophy, 82, 1985.

Sen, Amartya (1987), "Individualism as a social commitment". New York Review of Books.

Smelser, Neil J. (1992), "The Rational Choice Perspective", en Rationality and Society, vol. 4, 4, Oct. 1992, 381-410.